

José Manuel GONZÁLEZ CALVO
(Universidad de Extremadura)

**Latinismos y cultismos en la
*Historia del famoso predicador
fray Gerundio de Campazas***

Abstract: (Latinisms and learned words in the *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*) This paper brings and end to my work on the lexical expressivity and creativity in *Fray Gerundio*, the 18th century novel by José Francisco de Isla. Research into aspects such as formal (or morphological) neologisms, vulgarisms, popularisms /colloquialisms, dialectal words..., and Isla's criticism of the abuse of Gallicisms and French fashions in the use of the language has been undertaken in other papers already published. Nevertheless, a fundamental aspect of this novel had not yet been dealt with: the pedantic use of learned words, especially latinisms, often quite deformed. This particular resource was absolutely necessary to attack the baroque style of the sacred oratory, which was characterized by its pedantic erudition, its lexical and syntactical affectation, its wordplay and the exaggerated violence of form and content.

Keywords: sacred oratory, learned words, Latinisms, word deformation, parody

Resumen: Con este trabajo se culmina el estudio sobre la expresividad y creatividad léxicas en el *Fray Gerundio* (siglo XVIII), novela de José Francisco de Isla. En otros trabajos, ya publicados, se investigaron los neologismos formales (o morfológicos), los vulgarismos, popularismos, dialectalismos..., y la crítica de Isla ante el abuso de galicismos y modas francesas. Faltaba por analizar un aspecto fundamental de la novela: el uso pedante de los cultismos, especialmente latinismos, a menudo con deformaciones. Este recurso era inevitable para atacar el barroquismo de la oratoria sagrada, que se caracteriza por la erudición pedantesca, la afectación léxica y sintáctica, los juegos de palabras, las violencias exageradas de fondo y forma.

Palabras clave: oratoria sagrada, cultismos, latinismos, deformaciones, parodia

1. Preámbulo

Hace una década inicié el estudio sobre la expresividad y creatividad léxicas en el *Fray Gerundio* (FG), novela del jesuita leonés José Francisco de Isla. Utilizo las ediciones de Joaquín Álvarez Barrientos (citaré B) y de José Jurado (citaré J). Las introducciones y anotaciones contenidas en esas ediciones (Isla 1991 para B e Isla 1992 para J), sobre todo las presentes en la edición crítica de Jurado, me han ayudado de manera decisiva en muchas apreciaciones e interpretaciones. En otros trabajos ya publicados (González Calvo 2004, 2007 y 2009), traté los neologismos formales (o morfológicos), los vulgarismos, popularismos, dialectalismos..., y la crítica de Isla ante el abuso de galicismos y modas francesas. Faltaba por analizar un aspecto fundamental de la novela: el empleo altisonante y fatuo de los cultismos, especialmente del latín, a menudo con manipulaciones. Este recurso era necesario para atacar el retoricismo de la oratoria sagrada, que se caracteriza, como dice Jurado, por la erudición pedantesca, la afectación léxica y sintáctica, los juegos de palabras, alteraciones de sentido del texto sagrado, chascarrillos, frases de relumbrón, abundantes citas intempestivas, urdimbre de latinajos y demás dislates; en fin, desenfrenos, incluso herejías materiales (J 24-25). Los tratadistas de oratoria sagrada que primero repararon en este nuevo estilo lo calificaron de *culto*, pero desde el siglo XIX se prefiere denominarlo *barroco*, con mayor extensión de concepto (J 19, 23). Ya en el siglo XVII se denunció y atacó esta manera

de predicar, denuncias y protestas que se acentuaron en el siglo XVIII. En 1729, recién ordenado sacerdote, el padre Isla escribió la *Crisis de predicadores*, verdadero preludeo del *Fray Gerundio de Campazas* (J 32). El amplio y profundo conocimiento de la lengua latina (no tanto de la griega) y de la civilización grecolatina le era indispensable al novelista para la sátira contra los malos oradores. En estos, el conocimiento del latín y su cultura deja mucho que desear. Los juegos, alteraciones, deformaciones o distorsiones sobre voces cultas por personajes rústicos, o por sujetos pretendidamente eruditos, sirven a los intereses, estrategias e intenciones del narrador. Los procedimientos expresivos que utiliza Isla para su crítica están asentados en la literatura áurea, sobre todo barroca. Recordemos que el teatro burlesco barroco parodió el latín de doctores, sacristanes y licenciados como latín macarrónico, y la mofa del culteranismo tiene su forma más extrema en la burla de la retórica amorosa. Estos recursos aparecen sobre todo en el llamado teatro menor del siglo XVII (entremeses, loas, bailes, mojigangas...), teatro que se configura en el siglo XVI y adquiere su máximo desarrollo en el barroco, penetra en el siglo XVIII, y se prolonga, con altibajos y variaciones, al menos hasta el primer tercio del siglo XX. Calderón en sus piezas burlescas, y Quevedo en su prosa festiva, por citar dos nombres ilustres, ridiculizaron las desmesuras del culteranismo. Cervantes fustiga en su *Don Quijote* a los libros de caballería, y el padre Isla en su *Fray Gerundio* arremete contra los oradores barroquizantes. Cabe apuntar que el nombre del padrino del niño Gerundio se llama *Quijano de Perote*. Durante los preparativos de la novela, Isla propuso tres posibles nombres para aplicar a su antihéroe: el de *fray Quijote*, el de *fray Toribio* y el de *fray Gerundio*. Se convino en que fuera este último, no sin alguna censura por parte de algunos correctores oficiales de Madrid, que entendían que caracterizar de Gerundio a un fraile era hacer burla de las órdenes religiosas, o se podía entender así (J 50).

Jurado, en el *Índice analítico* de su edición crítica, ofrece apartados muy útiles para la identificación de sermones, y pasajes de sermones, de predicadores barrocos criticados en el FG. También hay trozos de sermones reelaborados por el escritor leonés para acumular los disparates léxicos y constructivos de sermones reales. En el orden alfabético del índice aparecen los nombres de los predicadores abarrocados que Isla utiliza para satirizarlos: Luis Antonio Verney (el *Barbadiño*); Francisco Soto y Marne (autor del *Florilugio sacro*; *Floriloco*, en sentir de Feijoo), a quien Isla satiriza por doquier en su novela; el capuchino fray Pablo Fidel de Burgos, al que también se ataca repetidamente y con inusitada impiedad; y otros (J 24-26). Los fragmentos de sermones puestos en boca de fray Gerundio, lejos de ser desatinos imaginarios contruidos por el propio Isla, son tomados (salvo dos o tres) de piezas sagradas originales y coetáneas predicadas y publicadas entre los años 1734 y 1754 (J 49).

2. Latinismos y cultismos

El *Diccionario esencial de la lengua española* (Real Academia Española 2006) da estas tres acepciones de *cultismo*, las cuales se complementan de manera gradual: “Palabra culta, generalmente de origen grecolatino, usada en la lengua intelectual, literaria y científica”. “*Ling.* Vocablo procedente de una lengua clásica que penetra por vía culta en una lengua moderna sin pasar por las transformaciones fonéticas normales de las voces populares”. “*Ling.* Construcciones o acepciones propias y privativas de una lengua clásica y recreadas en una lengua moderna, casi siempre con fines expresivos”. De *latinismo* da estas dos acepciones: 1. “Giro o modo de hablar propio o privativo de la lengua latina”. 2. “Empleo de tales giros o construcciones en otro idioma”. No todos los cultismos son de

origen latino, pero el paso a través del latín ha sido poco menos que obligatorio para la mayor parte de ellos hasta fecha relativamente reciente, y de modo muy particular para los procedentes del griego. Empecemos con un ejemplo que muestra la expresividad de las distorsiones de un personaje rústico, que es un caso de creación por parte de Isla a partir de lo que dijo fray Gerundio en un sermón; entre paréntesis reproduzco las voces reales:

Habérsete quedado en la memoria todos esos nombres enrevesados de *embolismos* (obeliscos), *parrales* (pirámides), *ciempedios* (epicedios), *niñerías* (nenias), *cieno de zafios* (cenotafios), y el último vocablo en que dijiste no sé qué de las escrituras de los *estrófagos* (sarcófagos) (B 600).

Epicedio era el verso o elegía que se recitaba en lo antiguo sobre el cuerpo del difunto. *Nenia*: aire o tonadilla triste, canción lúgubre que se cantaba en elogio de los difuntos. *Cenotafio*: monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje al que se dedica.

Teniendo acaso como modelo *La culta latiniparla* de Quevedo, el padre Isla forjó *estilo cultilatinorrumbático* (B 1991: 672). Plástica expresión, dice Jurado, que el novelista aplica a tantos textos de la oratoria sagrada barroca, “de construcción semiculta y cargados de atrevidos neologismos y de ritmo poético intencionado” (J 1992: 439, nota 84). La cuarta regla ridícula que fray Blas da a fray Gerundio dice así en su primera parte:

Sea siempre el estilo cresco, hinchado, erizado de latín o de griego, altisonante y, si pudiera ser, cadencioso. Huye cuanto pudieres de voces vulgares y comunes, aunque sean propias; porque si el predicador habla desde más alto y en voz alta, es razón que también sean altas las expresiones. Insigne modelo tienes en el autor del famoso *Florilogo*, y solo con estudiar bien sus frases harás un estilo que aturulle y atolondre a tus auditorios. Al silencio llámale *taciturnidades del labio*; al ver, *atingencia visual de los objetos*; nunca digas *habitación*, que lo dice cualquier payo, di *habitáculo* y déjalo de mi cuenta; *existir* es vulgaridad, *existencial naturaleza* es cosa grande. Que la culpa original se deriva por el pecado, a cada paso lo oímos, pero que *se traduce por el fomes del pecado*, si no fuere más sonoro, a lo menos es más latino y más oscuro; y acaso no faltará algún tonto que juzgue que el primer pecado se cometió en hebreo, y que un escritor o literato llamado *Fomes* le tradujo en castellano (B 1991: 315-316).

Y así, *aaronítica vara* por *vara de Aarón*; *cecuciente naturaleza* por naturaleza ciega o corta de vista; *ígnitas aras del deseo* por deseo ardiente y encendido (estas tres estructuras, entre otras, también en p. 195). Con estos ingredientes se construye lo siguiente para un sermón:

Cuando la cecuciente naturaleza, superando los ígnitos singultos (‘hipos, lloros ardientes o encendidos’) del deseo, erumpe del materno habitáculo y presenta su existencial ser a las atingencias visuales, aunque con la labe (‘caída’, ‘mancha, pecado’) original traducida por el fomes (‘causa que excita a algo’), los circunstantes se erigen, cual aaronítica vara, ansiosos de conspicirla (‘mirarla, contemplarla’) (B 273).

Todos estos cultismos ridiculizados por Isla se encuentran a cada paso no solo en el *Florilogo*, sino en muchos de los sermones barrocos del tiempo. Ahora bien, ese pasaje barroco, a partir de esos materiales, está construido por el propio Isla, como informa Jurado (491, nota 67). Ni el mismo fray Gerundio sabe lo que dice con esas “voces rumbosas, altisonantes y estrambóticas” (B 396). Ante otra disertación ininteligible, el provincial le pregunta que “qué diantre quiere decir”, y esta fue la explicación: “No lo sé, padre nuestro; pero ahí está el primor de ese inimitable estilo: hablar al parecer en castellano, y no haber ningún castellano que lo entienda” (B 272). Fray Gerundio solo sabe que las cláusulas han de

ser retumbantes, y que si suenan bien a los oídos no hay que pedirles más (B 269-270). Este estilo es calificado por el padre Isla de lenguaje *esguízaro*, con el sentido figurado de ‘mestizo’, ‘con mezclas’: “un lenguaje tan esguízaro, tan bárbaro, tan mestizo, que ni es latino, ni griego, ni castellano, sino una extravagantísima mezcla de todos esos tres idiomas” (B 275). En otras partes se habla de “los paréntesis y glosas en romance esguízaro” (B 47), y de “traducciones esguízaras o mestizas” (J 178, nota 264, en la que se halla una amplia explicación del término esguízaro). Es posible considerar que las expresiones *estilo cultilatinorrumbático* y *lenguaje esguízaro* caracterizan a la perfección lo que Isla pretende satirizar. No en vano el padre Provincial apostilla que el idioma que fray Gerundio usa en el púlpito “ni es romance, ni es latín, ni es griego, ni es hebreo, ni sé lo que en suma es. Dime pecador, ¿por qué no predicas como hablas?”. (B 377). Y poco después le critica:

¿Qué quiere decir *aurífera edad*, *trámite no interrupto*, *letálica culpa*, *borrón nigricante* (‘negruzco’), *candidez primeva*, *paralogizar la corrección*, *espontanear las fruges* (‘frutos’), *mádido colono* (‘mojado o sudado labrador’), y toda la demás retahíla de nombres y verbos latinizados con que empedraste tu plática, que la entenderían los cofrades como si los hubieras platicado en siríaco o en armenio?” (B 378).

A continuación, el Provincial le informa de los vítores con que los simples aclamaron a un tal fray Crispín, que sin duda, dice el novelista, debió de ser el fray Gerundio de su tiempo: “Vitor al padre Crispín, / de los cultos culto sol, / que habló español en latín, / y latín en español” (B 378; en nota se dice que *Crispín* era nombre frecuente en la *commedia dell’arte*). Buena prueba de esta habla es el sermón de honras, para el funeral de un escribano, que nuestro imponderable fray Gerundio preparó con el aliento y complacencia de fray Blas. El título del sermón no tiene desperdicio: *Parentación sacra*, *Epicedio trágico*, *lúgubre Episodio*, *Panegiris escenático*. Y con la primera cláusula dejó ya atónito al auditorio (B 594 y 609-610):

Esta parentación sacro-lúgubre, este epicedio sacritrágico, este coluctuoso episodio y este panegiris escenático se dirige a inmortalizar la memoria del que hizo inmortales a tantos con los rasgos cadmeos que, a impulsos de aquilífero pincel, estampó en cándido lino triturado, sirviendo de colorido el atro sudor de la verrugosa agalla, chupado en cóncavo, aéreo vaso de la leve madera pambeocia: *Calamus scribae velociter scribentis*.

Fray Gerundio ha ido refiriéndose en este párrafo a las letras, a la pluma, al papel, a la tinta, al tintero; y a Beocia (provincia de Grecia), que se llamó así por el buey que fue enseñando el camino a Cadmo (B 610). Los griegos atribuyeron a Cadmo, entre otras cosas, la propagación del alfabeto y el arte de escribir (J 800, nota 66). La *Sacra Pambeocia* era el festival de todos los beocios, como la *Panatenaea* lo era de los atenienses (J 799, nota 65). Y sigue el sermón por estos derroteros, que sería extenso y ocioso exponerlos. Para la elaboración de su prédica, el frailuco se apoyó en un sermón del *Florilugio* dedicado a las honras de unos militares difuntos, que fray Gerundio convirtió en su sermón en *escribanales difuntos* y en *estililíferos finados*. Isla se burla del autor del *Florilugio* llamándolo el *Epicédico*, por lo de epicedio. *Parentación* significa, según el Diccionario de Autoridades, ‘solemnidad fúnebre o exequias en honor de los difuntos parientes, y se extiende a las que se hacen por los demás’ (B 313, nota 14). Durante el proceso de confección del sermón, don Casimiro, colegial trilingüe de la Universidad de Salamanca, saca a relucir la “fúnebre parentación”, y fray Gerundio, que aún no conocía el término y creyó oír *emparentación*, le replica que el escribano a cuyas honras ha de predicar no era pariente suyo, pues se imaginaba

que lo emparentaba con él. Don Casimiro le explica que no dijo emparentación, sino parentación. Fray Gerundio sigue en sus trece: “¿qué más da uno que otro?”. Don Casimiro le responde que un hombre como fray Gerundio “no puede ignorar que Cicerón llama *parentar a los difuntos* el hacer honra por ellos” (B 550). En el capítulo III del libro VI de la Parte II, comienza otra de las despiadadas sátiras de Isla a sermones barrocos del tiempo. Jurado identifica el sermón como pieza del trinitario fray Andrés José Berlanga Argudo (J 905, nota 3; B 688 y ss.). No entraré en el estudio de otros sermones, o fragmentos de sermones, satirizados. Baste con dos ejemplos; el primero completa algo antes señalado:

Ya sé que al mar salado siempre le he de llamar *salsuginoso elemento* (...); al contraer el pecado original, *traducir el fomes del pecado; Adán futurizado*, al decreto de la creación de Adán; a su misma creación, *adamítico fundamento*; universal *opificio* (‘creación’) a la fábrica de todas las criaturas (...) (B 195).

Implorando su protección y su gracia con el acróstico *epinicio* (‘canto de victoria’, ‘himno triunfal’) del celestial paraninfo: *Ave María* (B 442).

Bastantes de estos cultismos latinos aparecen en el *Diccionario de Autoridades*, y perduran en el DRAE (Real Academia Española 2001): *nenia*, *fomes*, *epinicio*, *parentación*, *epicedio*, *cecuciente*, *singulto*, por citar algunas formas posiblemente desconocidas hoy por muchos hablantes de lengua española. Bastantes cultismos latinos vistos proceden del griego, por lo que son en su origen helenismos. Por ejemplo: *panegiris* (‘oración o discurso público’), *paraenesis* (‘exhortación’) y *mystagogus* (‘sacerdote iniciado en los misterios, quien inicia en los misterios’; J 275, nota 29: se usaba también en el mundo grecolatino con el sentido figurado de ‘profesor, guía, conductor’). Por lo que atañe a *paraenesis*, en español tenemos *parénesis*, y su adjetivo *parenético*. Podríamos añadir los helenismos *crisopeya* (B 118, ‘arte de transmutar los metales en oro’, voz que está en el DRAE, no en Autoridades), “estilo *parentirso* (B 403; ‘afectación estilística’, en nota 36) y *hexaplo* (B 204, nota 67: obra en seis versiones, o a seis columnas, como la edición de Orígenes del Antiguo Testamento). El vicio del “estilo parentirso” tiene su correlato en otro vicio, el del “estilo cacocelo”, transcripción de la palabra latina *cacozelus*: imitador de mal gusto (B 399, nota 30). Son latinismos, castellanizando las formas, *virtulos* (‘becerros’), *ametisto* (*ametisto*, *ametista* y *amatista* se registran en el DRAE; el primero, dice, poco usado), del latín *amethystus* (B 393 y 395), y *vertígenes* (“vertigo-, inis”), sinónimo de vértigos o vahídos en el texto isliano (B 230). *Excerpto* (B 683), latín *excerptus*, significa ‘extracto’; en el DRAE aparece *excerpta*.

Volvamos al griego. Un cartel que se fijó con motivo de la fiesta de los santos médicos Cosme y Damián incluía para caracterizarlos seis palabras, y confiesa esto el padre maestro Prudencio:

Yo no entiendo la lengua griega, de lo que estoy muy pesaroso, y lo digo con vergüenza; pero harto será que hasta para los mismos griegos no sea grieguísima toda esa jerigonza de *acates*, *seutipiubsores*, *cosmiclimatas*, *bracamanes*, *crisoprasos* y *agapetas*. *Bracamanes* (y no *bracamanes*) no es voz griega, y ya sé lo que significa (B 671).

Álvarez Barrientos, nota 12, reconoce que ignora el significado de *seutipiubsores* (“lo seutipiubsor” en p. 672), y se pregunta si acaso *cosmiclimatas* alude al clima cósmico. Los demás términos poseen los siguientes contenidos: *Acates*, el fiel e inseparable compañero de Eneas, por tanto, ‘amigos fieles’; *Crisoprasos*, ‘piedra preciosa de color oro y verde’, es decir, ‘ágata’; *Agapetas*, amor, caridad: ‘amantes’. Jurado, apoyándose en el autógrafo isliano, lee

septipiubsores en las palabras del maestro Prudencio, y ve en el ms. B otras variantes: *septiusones*, *septipiusones*. Dada la dificultad etimológica de la voz, piensa que pudiera haberse querido significar con este florido compuesto los “piadosos curadores de la enfermedad”. Para ello lo debido, aunque forzado, habría sido *septipiusores*; Jurado aporta, teniendo como base *septi-cemia* (‘que causa la infección de la sangre’), algunas soluciones, pero como mera sugerencia, ya que en el texto isliano se dice que ni los mismos griegos entenderían esta jerigonza. Jurado hace esdrújula la voz *cosmiclímatas*, con el significado de “escaladores celestes” o, más poéticamente, “estrellas polares del mundo” (J 893, notas 5 y 6). Dentro de la novela, el beneficiado, personaje no gerundiano, asevera que el inventor del solemne papelón o cedulón “no se paró en esas menudencias”, porque, entre otras razones, pretendió “aturullar los oídos del populacho con esas voces barbarisonantes, sin habérsele pasado otra cosa por la imaginación”. Hasta el punto de que, si se hubiese acordado del *Heautontimorumenos* de Terencio, “tan cierto es que llama *Heautontimorumenos* (‘atormentador de sí mismo’) a los dos benditos santos, como los llamó *cosmiclímatas* y *agapetas*”. El beneficiado aclara que sabe bien que se llaman *agapetas* los que asistían a los convites de la caridad que se estilaban entre los fieles en los primeros siglos de la Iglesia, “y que los convites se llamaban *ágapes*, de *agapa*, que significa *amor*”. Pero reconoce que “se me esconde qué aplicación oportuna y natural se puede hacer de esta voz a los dos Santos Médicos” (B 672).

3. Voces y frases en latín

En un sentido estricto, el término *latinismo*, como un tipo de cultismo, no acoge el uso de palabras, frases y textos, o fragmentos de textos, en lengua latina dentro de una obra escrita en una lengua moderna. En un sentido amplio, la segunda acepción de latinismo, empleo de construcciones o giros propios y privativos de la lengua latina, podría admitir en su seno la utilización, mediante citas o no, de voces, frases y secuencias en latín como parte importante de la expresividad y sentido de un texto en otra lengua. Tal vez sea mejor distinguir entre *latinismos* y, coloquialmente, *latines*. La segunda acepción de la voz *latín*, en el citado *Diccionario esencial de la lengua española*, dice lo siguiente en su primera parte: “Voz o frase latina empleada en escrito o discurso español”; añade que se usa en plural con sentido peyorativo, y se aporta este ejemplo: *abusa de los latines*. Patente, cuando no disparatado, abuso de los latines se advierte en los sermones gerundianos. Al menos, es evidente que en el FG este aspecto forma parte importante de la crítica de la oratoria sagrada barroquizante, de su exagerado o descabellado lenguaje culto. Así lo pone de relieve fray Blas ante fray Gerundio:

Esto es lo que se llama hablar docta, sabia y eruditamente. No pronunciar palabra, y si fuese posible, ni aun sílaba sin su autor por delante y sin su latín al pie de la obra (B 582-583).

No importa que haya relación pertinente o no entre lo que se dice en español y su correlato en latín, porque lo que interesa es que suene bien y que deje admirado al auditorio. El descaro conduce asimismo a retorcimientos de sentido sobre lo que se habla o predica para acoplarlos atrevida e indecorosamente a las peculiares circunstancias del sermón. Veamos cómo se puede ponderar con desmesura en un sermón barroco a Santa Ana:

Fue Ana, como todos saben, madre de nuestra Señora, y afirman graves autores que la tuvo veinte meses en su vientre: *Hic mensis sextus est illi*. Y añaden otros que lloró: *Plorans, ploravit in noctem*. De donde infiero que fue María zahorí: *Et gatia eius in me vacua non fuit*. Atienda

pues el retórico al argumento: Santa Ana fue madre de María, María fue madre de Cristo; luego Santa Ana es abuela de la Santísima Trinidad: *Et Trinitatem in unitatem veneremur* (B 257).

Y continúa con lindezas de esta índole, adornadas con latines traídos por los pelos, hasta instar al auditorio que le diga a Santa Ana la oración que ella, como buena madre, enseñó a rezar a su hija María cuando esta era niña: el *Ave María* (B 259-260). El empleo de secuencias latinas es amplísimo, y tanto Álvarez Barrientos como Jurado, especialmente este último, aportan en sus notas la procedencia de las citas en latín cuando ello es necesario. A veces Isla juega irónicamente con textos latinos, otras veces se detiene humorísticamente con deformaciones o con adaptaciones erróneas de personajes, y no falta el tratamiento de la enseñanza del latín al hablar de la formación del fray Gerundio niño y jovencito. Los menoristas, los medianos y los cuodlibetos, por este orden, aprendían y ejercían el latín según edad y conocimientos. Se da noticia de un famoso *dómine* que atolondró a toda la tierra de Campos con su latín crespo y enrevesado, como muestra una famosa carta con que examinaba a sus discípulos. Comenzaba así: *Palentiam mea si quis*, que unos construían: “Si alguno mea en Palencia”. Otros: “*Si quis mea*, “chico mío”, suple *fuge*, “huye”, *Palentiam*, “de Palencia”. El latinísimo y enlatinizado *dómine* (B 103 y 98-99) azotó a todos los chicos, los envió al rincón, y él mismo construyó la frase de esta manera: “*mea*, “ve”, *si quis*, “si puedes”, *Palentiam*, “a Palencia”. Los muchachos se quedaron atónitos, pasmados de la profunda sabiduría de su preceptor. Los pobres niños no podían comprender que en esa construcción había, como el texto explica a continuación, tantos disparates como palabras, puesto que ni *meo*, *meas* significa sin más “ir”, sino “ir por rodeos, por giros y serpenteando”; ni *queo*, *quis* significa solo “poder”, sino “poder con dificultad” (B 59). Centrémonos en la alteración de frases latinas. He aquí algunos latinajos, latinorios o latinorrios (J 524, nota 31) en boca de personajes rústicos:

Padres nuestros, *onia tiempus habent, tiempus despuntandi et tiempus cenandi*. El bendito San Cenón sea con vuestas paternidades, y ahora, déjense de circunloquios; que los huevos se endurecen, el asado se pasa, y por el reloj de mi barriga son las nueve de la noche (B 343-344; Jurado 519, nota 1, opina que el granjero dice a su aire el bien conocido adagio generalizador “*omnia tempus habent*”, “todo tiene su tiempo”, en este caso, con su frase secundaria *ad hoc*: “*tempus disputandis et tempus cenandi*”, “tiempo para conversar y tiempo para cenar”; con base en B, Jurado enmienda el *habent* de la príncipe por *haben*).

A eso digo yo, padre nuestro, que una vez metido en el pulgatorio, tarde o temprano yo saldré de él; pero *in Inferno mula es enrentio* (B 302-303, nota 10: en realidad, *In Inferno nulla est redemptio*).

Eso no es más que humo, satisfacción y *laus te dé Chryste* (B 598; J 809, notas 41 y 42: *laus tibi, Chryste*). *El non prus hurta de los púlpitos* (B 169).

Pues por acá amigo mío – dijo el familiar – no podemos echar piernas, y algunos probes labradores se quedarán *per ostiam santam incionem* (B 603, nota 82; y J 814-815, nota 82: por *per istam sanctam unctionem*, frase tomada de la fórmula católica de la Extremaunción, que aquí tiene el sentido figurado de ‘estar en las últimas’, o “a las diez de últimas”, frases de nuestros días).

Los dislates de personajes pretendidamente cultivados, como fray Gerundio, son de otro tipo: bien yerros de bulto, errores crasos por insuficiente conocimiento del latín, o bien ligerezas audaces, desatinos pueriles por osadas interpretaciones para justificar algo. En la famosa salutación a Santa Ana que Gerundio encajó en el refectorio de su convento, había dicho: “Pues tiene, como allí se ve, hermoso y airoso bulto: *Vultum tuum deprecabuntur omnes*

divites plebis (B 257, nota 129: Salmo CXXXI, 14, “Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo”). Y también: “Varias circunstancias ennoblecen la fiesta. Unas son agravantes: *tolle grabatum tuum*; otras que mudan de especie: *specie tua, et pulchritudine tua* (B 258, notas 137 y 138: San Marcos, II, 9, “Toma tu camilla”, y Salmo XLIV, 5, “Con tu belleza y tu hermosura”). El provincial pregunta a fray Gerundio que a qué vino eso de *vultum tuum deprecabuntur*. Le contesta Gerundio que a lo de *hermoso y airoso bulto*. El provincial, sorprendido, le hace saber que *vultus, vultus, vultui* significa “el semblante”. Gerundio replica que ya lo sabe, pero que significa “el semblante del bulto”, porque, si no, diría *faciem tuam, os tuum*. El provincial apenas pudo contener la risa, y le preguntó a qué trajo lo de *Tolle grabatum tuum*, y Gerundio responde que a lo de *circunstancias agravantes*, porque, ¿hay cosa más parecida que *agravantes* y *grabatum*? Reconoce que no sabe lo que significa *grabatum*, pero que le suena a cosa de agravante y que a cualquier auditorio le sonará igual. Ante tales desatinos, el provincial reprimió la risa como mejor pudo (B 262). Los despropósitos son numerosos, y las manipulaciones resultan grotescas.

4. Colofón

El gerundiano padre vicario compuso una serie de rimas para ensalzar superlativamente a fray Gerundio, y las fue recitando en una comida celebrada en casa de Antón Zotes, padre de Gerundio. Una de ellas, la octava, acababa así: “¡Oh Gerundio, orador siempre divino, / No eres Gerundio, no, sino Supino!” (B 454). El padre vicario explica que el supino es lo último a donde puede llegar todo verbo. Por tanto, está claro que, así como el supino es el *non plus ultra* de los verbos, fray Gerundio es el *non plus ultra* de los predicadores. El *Diccionario esencial* define el adjetivo *supino* en su segunda acepción de esta manera: “Dicho de un estado de ánimo, de una acción o de una cualidad moral: Necios, estólidos. *Estupidez supina*”. El estilo hinchado y *cultilatinorrumbático* de la oratoria sagrada barroquizante encontraría en la expresión *estupidez supina* fuerte sustento, más aún si le otorgamos al calificativo la acepción que posee en el texto isliano: ‘superlativa, mayúscula’.

Referencias bibliográficas

- Isla, José Francisco de, *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*. Edición, introducción y notas de Joaquín Álvarez Barrientos, Barcelona, Editorial Planeta, S. A., 1991.
- Isla, José Francisco de, *Historia del famoso predicado fray Gerundio de Campazas alias Zotes*. Edición crítica de José Jurado, Madrid, Editorial Gredos, S. A., 1992.
- González Calvo, José Manuel, “Creatividad y expresividad léxicas en la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*”, en Jesús Cañas Murillo / Sabine Schmitz (Eds.), *Aufklärung: Literatura y cultura del siglo XVIII en la Europa occidental y meridional / Aufklärung: Littérature et culture du XIIIème siècle en Europe occidentale et méridionale*. Estudios dedicados a Hans-Joachim Lope / Hommage à Hans-Joachim Lope, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2004, pp. 81-93.
- González Calvo, José Manuel, “Expresividad, populismo y color local en la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*”, en Jesús Cañas Murillo y José Roso

- Díaz, *aufklärung. Estudios sobre la Ilustración española dedicados a Hans Joachim Lope*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2007, pp. 89-103.
- González Calvo, José Manuel, “El galicismo en el *Fray Gerundio de Campazas*”, en *Teoría y análisis de los discursos literarios*. Estudios en homenaje al profesor Ricardo Senabre, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, pp. 163-169.
- Real Academia Española, *Diccionario esencial de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, S. A., 2006.
- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 22ª ed., Madrid, Espasa Calpe, S. A., 2001.